

EDITORIAL

MUSICA CHILENA EN LA RADIO

RECIENTES instrucciones impartidas por la Dirección General de Informaciones y Cultura han reiterado a las estaciones emisoras de radio la obligación que el reglamento gubernativo del servicio les impone de transmitir en sus programas el *mínimum* de un 30% de música chilena. Con este motivo, se ha encendido una aguda discusión pública en la que hemos visto aparecer sucesivamente todos los aspectos que el esencial vehículo de nuestra época, la radio, suscita cada vez que es examinado a la luz de la cultura y de la conveniencia social.

¿Puede el Estado y debe dirigir la orientación estética de la radio? ¿Permite la Constitución Política de la República que el Ministerio del Interior supervigile y fije normas a una forma de expresión del pensamiento como es la música? ¿Puede, en el estado actual de las cosas, exigirse que parte de los programas que se transmiten sean sustituidos por música chilena? Si lo anterior es realizable, ¿cuál sería la música que se puede indicar como posible y conveniente de ser divulgada? ¿En qué proporción, dentro de esta categoría, debe imperar el criterio de seleccionar la mejor música o, simplemente, debe exigirse la procedencia nacional, aun a trueque de cambiar lo bueno extranjero por lo inferior creado en Chile?

Todas estas cuestiones han hecho reflexionar a muchos y creemos que no está de sobra el que nosotros dediquemos estas páginas a analizar tan importante materia.

Si se buscan las características más salientes de nuestra época, junto a los descubrimientos extraordinarios de la ciencia, tenemos que colocar, como fenómeno fundamental, el acortamiento de las distancias, el empequeñecimiento de la tierra y la aproximación de todos los pueblos mediante los *novísimos* sistemas de comunicaciones. No sólo la comunicación física, que nos permite trasladarnos en horas a distancias remotas que antes significaban viajes de me-

ses, sino la inmaterial aproximación que ha creado entre todos los seres humanos el descubrimiento y la realización en condiciones sencillas de la posibilidad, casi milagrosa, que brindan las radiocomunicaciones. Hoy estamos, por decirlo así, viviendo todos en un solo país; podemos escuchar, y lo escuchamos durante la última guerra, cuando se transmitía minuto a minuto la liberación de París, el acontecimiento mismo y oímos la palabra directa y personal de los grandes hombres de todos los países. La música, por su índole, ha sido la primera beneficiada de este maravilloso sistema, pero, al mismo tiempo, constituye la principal víctima de la universalización que tiende a establecer un nivel común de todos los pueblos. La radio posee un poder de penetración que supera los medios hasta hoy conocidos: llega hasta las casas aisladas en grandes soledades, penetra en los locales populares, en todos los barrios, en forma de no exigir sino el estar oyéndola o el poder tolerarla como un fondo sonoro permanente.

Por desgracia, el precioso recurso que representa el alcance ilimitado de la radio tuvo que caer en las manos utilitarias del comercio y servir de vehículo para la propaganda, para la venta de toda clase de objetos. La música, que atrae al hombre, que congrega y deja extasiado al transeúnte que oye la voz de un altoparlante, ha servido de cebo para el anuncio comercial y las radios han acomodado su vida a estos anuncios que se pagan y que determinan el precio, minuto a minuto, de las ondas en el espacio. Junto a esta explotación comercial, aparecen los noticiarios y la diseminación ideológica que se hace en forma muy desigual a través de la radio.

Todas estas condiciones han determinado el que no se pueda entregar con libertad absoluta y con licencia sin límite el uso del espacio y, por lo tanto, la comunicación inmediata con todos los habitantes. No se puede abrir sin alguna norma la ventana de todas las casas y el Estado debe preocuparse de que este recurso de nuestro tiempo no venga a resultar en detrimento de la moral, la cultura y el espíritu de las clases sociales. Por este motivo, en países tan fundamentalmente demócratas como Inglaterra, la radio es una palanca tan cuidada y vigilada que su uso queda exclusivamente reservado al Gobierno, o mejor dicho, a instituciones especiales que, bajo la protección del Gobierno, la custodian y orientan.

Si el problema que envuelve el uso y abuso de la radio es grave para la cultura en general y para el mantenimiento de las instituciones públicas, para la música, el buen o mal empleo de la radio significa los más promisoros o los más desastrosos augurios.

Se ha dicho entre nosotros que el Gobierno no puede fijar la

orientación estética de la radio, que ello va en contra de las disposiciones constitucionales que aseguran la libertad del pensamiento y de expresión. Nosotros pensamos en forma enteramente diversa. El Estado debe supervigilar la transmisión radiotelefónica de la música; tiene que procurar que no se destruya el tesoro de nuestra expresión genuina y de nuestra tradición popular con la divulgación a granel no sólo de lo extranjero, sino de lo que falsamente lleva a cada paso la etiqueta de la música de otros países. La explotación comercial que la radio, estimulada por la masa, se complace en adoptar, ha producido en todos los géneros estilos peculiares, al gusto de la generalidad, exagerando lo ordinario, lo llamativo y cuanto tiende a producir un efecto barato. Así hemos visto originarse, por ejemplo, un canto chileno que ya no tiene nada que hacer con el pueblo, un canto lleno de calderones, suspiros, falsetes y efectismos del peor gusto y de la más detestable consecuencia.

Fuera de esto es impresionante andar por los campos y oír cómo los trabajadores, al salir de sus faenas, si cantan o silban ya no es lo que solíamos oír hace veinte años; invariablemente, lo que les atrae e inspira es la música de alguna película, casi siempre mejicana o argentina, o alguna de esas inverosímiles «canciones melódicas» que se ha dado en fabricar para que sirvan de ligamen entre los avisos de cosméticos, remedios o prendas de vestir. Cuando no se trata de la pegajosa canción con que circula el reclamo de algún ofrecimiento de negocio.

El problema, pues, de orientar la radio desde el punto de vista nacional es el de una necesidad social que no puede ser discutida, a menos que se pongan frente a ella los intereses de avisadores y avisados. No creemos que intervenir en las líneas generales de la radiotransmisión sea otra cosa que adoptar normas similares a las que limitan el uso de todas las libertades, en razón de la convivencia humana y en resguardo de que el abuso lesione los fundamentos de las instituciones públicas y privadas o dañe el acervo espiritual de nuestra civilización.

Después de estas dudas de orden doctrinal, ha solido discutirse la posibilidad de sustituir con música chilena una parte considerable de los actuales programas de radio. Surgen aquí varias cuestiones, que podríamos ordenar en la siguiente forma: primero, saber si existe música chilena suficiente; en seguida, determinar cuál es esta música y, por último, conocer con qué criterio debe ser enfocada su difusión.

Lo que parece increíble es que en algunos órganos de prensa, o en las mismas transmisiones de radio, se dijo que la música chi-

lena no podía ser obligatoria simplemente porque no existía, porque no se la encontraba en ninguna parte... No sabemos dónde viven los que así han objetado las medidas que motivan este comentario. Frente a esta negación inverosímil, un funcionario de la Dirección de Informaciones publicó estadísticas, cifras y datos que, de ser ciertos, nos harían vivir en un edén musical que ninguno de nosotros conoce. Los auténticos compositores de música seria que, honestamente, en toda la historia de Chile, tal vez alcanzan o sobrepasan una docena, y esto con buena voluntad, resultan incrementados hasta casi un centenar; las obras de estos compositores, numéricamente alineadas, superan en muchos de ellos a la producción de los autores más fecundos de la historia. Sí es seguramente cierto que los «compositores» de música ligera, con su variadísima gama,—que va desde la señorita, atribulada de soltería, que compuso un vals hasta los verdaderos profesionales de este género—, se cuentan por centenares y su producción indudablemente por miles. Ojalá el panorama a que aludimos fuese real y tuviéramos el florecimiento único que esta prolificidad revelaría. A todo esto convendría agregar la situación bastante variada en que se encuentran los ejecutantes nacionales frente a la música chilena. La verdad es que fuera de los conjuntos llamados típicos y de los artistas que en las radios cantan música ligera, los ejecutantes de alta música, sean pianistas, cantantes o lo que fueren, no ejecutan música chilena, no la conocen, no les gusta y profesan hacia ella el fastidio que les produce algo que demanda esfuerzo para no traerles ni éxito ni gloria.

La situación verdadera de la música chilena hay que enfocarla en forma distinta, según se trate de música seria o de música ligera. En ambas categorías, la producción es distinta en número y en posibilidades de difusión. De la música ligera, como ya hemos dicho, existe un cultivo que en Chile es tan difundido como en las demás partes del mundo. Hay mucha, muchísima gente que compone pequeñas piezas, sin mayor pretensión, y que por ellas consigue boga y notoriedad. El nivel técnico en que, por lo general, esta música se mueve es más bien pobre. Pocos son los autores de género ligero que tienen conocimientos fundamentados de composición y que pueden armonizar con cierto gusto, dentro de las exigencias de sencillez que el género impone. La música ligera, por otra parte, se beneficia de tener a su favor las editoriales (las poquísimas que existen) y las compañías editoras de discos que «explotan», y efectivamente lo hacen, el talento de los compositores siempre que se acomode a las normas de vulgaridad que la venta a granel exige.

La música ligera cuenta también con ejecutantes especializados: son numerosos los conjuntos, que se llaman con nombres más o menos campestres, y muchas las «estrellas» que llenan los buzones de las radios con una correspondencia artístico-sentimental que constituye su mejor plataforma. En suma, puede decirse que la música ligera es abundante, variada y que, por razón misma de su índole liviana, tiene defensa. Los compositores del género se han asociado, luchan por sus derechos y no faltan veces en que el sindicato que ellos constituyen habla en nombre de los «compositores de Chile».

El panorama que ofrece lo que llamamos música seria,—sinfonías, poemas sinfónicos, sonatas, cuartetos, etc.—es el reverso de la medalla. Los compositores que, ya en estas décadas, han trascendido las fronteras y nos dan fama de nación musicalmente avanzada son pocos; pero aun son muchos, en proporción a los habitantes del país, como atestigua un curioso libro de cierto aventurero musical que observó en Estados Unidos, en un extraordinario cálculo, la densidad de la composición por habitantes y por kilómetros cuadrados... Las obras propiamente tales, no los números de las pequeñas piezas, ni los títulos de los movimientos de las obras, son pocas y, pese a los catálogos fabulosos y a los inventarios un poco necrológicos, nuestra música adolece de falta de fecundidad. Piénsese en las obras grandes y, fuera del caso de Enrique Soro, no hay ningún compositor que pueda exhibir una lista tan sustanciosa, y, perdónenos el compositor, la propia suya podría ser aún muchísimo más rica. No podemos, si estamos tratando las cosas en serio, equiparar los ensayos, los bocetos de artistas con poco bagaje técnico, a la música que real y verdaderamente se puede presentar como tal en cualquier parte del mundo. Sabemos de un compositor que pasó por Santiago y se fué descorazonado por el enorme número de buenas intenciones que le mostraron; buenas intenciones que no pasaban más allá de ser obras con todas las características del talento sin pulimiento, sin desarrollo y con escasa técnica.

Sobre este panorama no muy rico se extiende el desierto absoluto en lo que se refiere a ediciones y a discos. Las ediciones son escasísimas, invariablemente de obras para piano o piano y canto y casi todas ellas costeadas por los autores. Hay compositores que han sido editados fuera de Chile, pero sus obras no se encuentran en los almacenes de música y probablemente sólo figuran ya en los catálogos como ediciones agotadas. En cuanto a las grabaciones de discos, puede decirse que el terreno se halla totalmente virgen. Para las fábricas de discos sí que la música chilena no existe. No

podemos contar más que con alguna que otra grabación esporádica, hecha en el extranjero, y menos todavía con las grabaciones privadas o las copias en acetato que se guardan como recuerdos, más o menos caseros y para un uso muy restringido. Todas las gestiones que hasta ahora se han hecho con las casas que editan discos han sido infructuosas: la música seria no es comercial, no produce la vuelta rápida del capital invertido y por ese motivo, a pesar del proteccionismo del Estado, de los capitales chilenos con que la Corporación de Fomento ha ayudado, las sociedades grabadoras se desentienden de la producción nacional y alegan cosas tan pintorescas que harían creer que los empleados de esas firmas tienen mayor experiencia técnica para calificar nuestros ejecutantes, y sobre todo nuestra Orquesta Sinfónica, que los grandes directores que vienen al país. Todo les parece malo. No podrían grabar ninguna música sino partiendo de la Orquesta Sinfónica de Filadelfia para arriba. En el fondo hay un hecho claro y es que la música chilena seria no preocupa ni interesa en absoluto al negocio de discos.

De los hechos verídicos expuestos se desprende que, para pensar en una destinación de tiempo a la música seria en las radios, es indispensable empezar por crear los medios con que hacerlo: fomentar la producción, ampararla y pagarla para que el compositor pueda consagrarse a ella sin renunciar a una vida decente; a continuación, fundar iniciativas que aseguren la difusión en gran escala y para esto son indispensables las ediciones y los discos.

Como dijimos antes, a este panorama bien pobre se suma el hecho del poco interés que el ejecutante de cartel siente por la música de su patria. El desiderátum de los pianistas es copiar a la letra los programas rutinarios y comerciales de todos los artistas en jira. En estos programas no cabe, ni podía haber, la música chilena. Y esta crítica podemos hacerla sin reparos desde nuestro máximo ejecutante Claudio Arrau, a quien la música chilena prácticamente le es desconocida, hasta el más modesto de los ejecutantes de piano.

La música nacional ha sido objeto de una medida proteccionista. Como última cuestión surge este problema: ¿debemos proteger todo lo que se hace en Chile y contentarnos con que cuanto se toque simplemente sea chileno o hecho en Chile para que merezca el amparo de una orden ministerial? O bien, ¿deberemos tomar en cuenta también la calidad de la música? En nuestro concepto, las instrucciones que se impartan a las radios deben comprender la música nacional y, en alguna forma, evitar que, por la ley del menor esfuerzo, o la del mejor comercio, se escoja precisamente la peor música chilena, la más vulgar y de peor categoría. El arte debe

ser amparado y protegido y, en seguida, seleccionado; esto se hace con todos los sistemas genéticos en que se asegura una semilla de buena cepa. La exigencia lisa y llana de música chilena traerá como consecuencia, no un adelanto sino quien sabe si hasta una antipatía hacia ella, a menos que las medidas gubernativas formen parte de una acción tendiente a apoyar y sostener la buena creación nacional.

Hay, además, otro peligro, ya denunciado: una vez que el mayor tiempo de las transmisiones de radio lo ocupa la música ligera, existe el fundado temor de que Bach, Beethoven, Wagner o Debussy que, por desgracia para nosotros, no nacieron ni en Santiago ni en Talca, sean eliminados y entre a sustituirlos, antes que la música seria,—que podría, en un terreno muy liberal, asemejarse a la de ellos,—la «canción melódica» con su lánguida cursilería. Este peligro es real. La mayor parte de las radios tocan música seria, aunque lo hagan sin adecuada preparación ni respeto; no querrán otra cosa que zafarse de esta fatigante cultura impuesta a la fuerza, sustituyéndola por las alegres y entretenidas canciones de moda.

Todo lo que hemos dicho nos lleva a tener que manifestar nuestra aprensión por que se aplique un criterio de nacionalismo matemático y, en cierto modo, dictatorial. Debemos ir hacia la colocación de la música chilena en un lugar importante en las transmisiones de radio; eso no sólo es justo, sino también necesario y vital para nuestro arte, cualquiera que sea su género y su nivel. La radio es demasiado importante y demasiado influyente para poder ser desestimada. Sin embargo, debemos cuidar que esta imposición de música chilena no se haga fuera de la realidad ni fuera de una estricta selección. Creemos que no sólo debe irse a exigir música chilena sino que, del modo más amplio y justo, debería indicarse, siquiera por vía de ejemplo, cuál tipo, cuáles autores u obras se deseaba fuesen divulgadas. Y bien entendido que cuando hablamos de música chilena, nos referimos a todo lo que se produce en el país y no al concepto absurdo y pequeño de creer que sólo es chilena la música que contiene estilizaciones de la canción popular. Si así fuera, no seríamos chilenos sino cuando anduviéramos usando poncho o hablando con los modismos característicos del dialecto campesino. Como ha dicho más de una vez nuestro gran compositor Alfonso Leng, lo chileno está en la esencia de la música, en la fisonomía de nuestro idioma sonoro que refleja las cualidades intrínsecas de la raza sin necesidad de recurrir al nacionalismo barato que fascina a los auditorios extranjeros superficiales y a los turistas.

Aconsejamos, pues, cuidado en las medidas que se tomen para

con la radio. El problema es tan delicado que, si no se pone un tino exquisito y un discernimiento inteligente, podemos, en vez de hacer un bien a la creación musical de Chile, infligirle un castigo del cual tardaría muchos años en reponerse.

D. S. C.

NUEVAS SECCIONES DE NUESTRA REVISTA

A partir del próximo número, segundo del tercer año de nuestra publicación, incluirán las páginas de esta Revista algunas nuevas secciones, junto a las que venimos publicando. Con el carácter de secciones permanentes figurarán:

«Música y Vida», a cargo de Juan Orrego Salas, en la que se considerarán diversos aspectos de las actividades musicales y problemas de este arte en relación con la vida social, fenómenos generales del desarrollo de la cultura, etc.

«Músicos de Chile», comprenderá el análisis de una composición de autor nacional realizado por distintos colaboradores, preferentemente otro compositor. Dispondrán así nuestros lectores de una antología crítica de nuestra producción musical.

«Encuestas». Se halla en estudio el cuestionario de la primera gran encuesta, dirigida a compositores, intérpretes y público aficionado, sobre los problemas de mayor relieve que se acusan en nuestra vida musical.